

MÉXICO

A TRAVÉS DE 7 SIGLOS

Luis Huitron
y

*Las
Merinas*



Índice

Introducción	13
La compañía de Las Meninas.....	15
Las Meninas	20
 I	
El comienzo	25
Los olmecas	29
Zapotecos y mixtecos.....	31
Cuicuilco	35
Teotihuacan	37
Los mayas.....	43
El desarrollo de las culturas originarias.....	49
Los mexicas	51
 II	
El universo virreinal.....	63
La Europa del siglo xv	64
La conquista de Tenochtitlan	68
La Ciudad de México	81
Lo sagrado.....	86

Lo profano.....	91
El miedo	95
La fiesta.....	105
El dinero	111

III

La Independencia	115
Antecedentes	116
Primera etapa: El movimiento de Miguel Hidalgo	119
Segunda etapa: La lucha de José María Morelos y Pavón	132
Tercera etapa: La resistencia de Vicente Guerrero	148
Cuarta etapa: La consumación imperial de Agustín de Iturbide.....	156

IV

Del Imperio a la República.....	167
El Primer Imperio de Agustín de Iturbide	168
La Primera República	176
Santa Anna y la Intervención Norteamericana...	179
Benito Juárez y la Guerra de Reforma.....	188

V

Las dos caras de una misma moneda.....	197
La intervención francesa.....	199
El Segundo Imperio y la República itinerante....	201
1864.....	205
1865.....	209
1866.....	213

VI

El Porfiriato y la Revolución Mexicana.....	221
Porfirio Díaz	222
El Porfiriato.....	224
El periodo de Madero, 1911-1913.....	231
La etapa de Carranza, 1914-1920.....	242
La etapa de Obregón, 1920-1924.....	249

VII

Volver al futuro	251
Presidencia de Obregón.....	252
Plutarco Elías Calles.....	256
Una nueva presidencia	261
El exilio español	266
El periodo de Manuel Ávila Camacho	268
Un México moderno	272

Conclusiones	281
---------------------------	------------

Agradecimientos	285
------------------------------	------------

Bibliografía	289
Fuentes electrónicas.....	299
Artículos.....	301
Revistas.....	302

Introducción



Gracias a la invitación de Hachette Livre México surge este nuevo libro titulado *México a través de 7 siglos*, un texto de divulgación que tiene como objetivo recorrer la historia de nuestro país de manera amena y entretenida comenzando por los orígenes de los pueblos prehispánicos y concluyendo con el periodo conocido como la post-revolución durante la primera parte del siglo xx. La idea es crear un texto que visite los momentos más representativos de nuestro pasado con una dinámica diferente y entretenida, razón por la cual aparecen cuatro voces narradoras. La primera es la mía como especialista en Historia, y las otras corresponden a Las Meninas, tres personajes creados por un servidor y que protagonizan desde

hace más de una década el primer show de comedia histórica en México.

Las Meninas funcionan con referencias populares contra y yuxtapuestas en marcos culturales generales, por esa razón desde el título comenzamos el juego ya que para muchos de nosotros la oración *México a través de los siglos* nos remite inmediatamente a la serie de libros que categóricamente estuvieron presentes en la sala de muchas casas. La clásica enciclopedia con cubierta roja o verde pistache que, con letras doradas, anunciaba una obra magnánima de hojas amarillentas, grabados sumamente llamativos y letra tan pequeña que casi no se podía leer. Esta épica producción literaria fue dirigida por el general Vicente Riva Palacio en 1882, uno de los próceres de la Guerra de Reforma y al mismo tiempo un hombre interesado por la historia nacional y el rescate de los documentos antiguos que más tarde darían forma al *corpus* documental del Archivo General de la Nación.

Por lo tanto, este pequeño libro que tienen en sus manos ofrece de manera amigable y sustentada información novedosa con puntos de vista más modernos, al mismo tiempo que rinde un homenaje a la obra coordinada por el general. Por ello, este libro ofrece material cercano y coloquial con datos novedosos de los recientes descubrimientos que los especialistas en historia, historia del arte, urbanismo, etnología, restauración, antropología y, por supuesto, arqueología han generado por medio de arduas investigaciones. De esa manera, el lector tendrá una información fresca, actualizada y sustentada.

El libro se desarrolla a través de un lenguaje amable y con la interacción de las voces de cada una de Las Meni-

nas, mismas que aportan puntos de vista diferentes y valiosos, otro aspecto relevante para la comprensión de la historia, ya que el pasado tiene más de una cara y las opiniones y las perspectivas diversas también cuentan y suman a la interpretación actual. Debido a esta distribución, los lectores encontrarán cuatro tipografías a lo largo del texto que representan las voces de cada una de ellas, más la de un servidor, con la finalidad de convertir cada capítulo en una tertulia amena que avance por cada uno de los momentos históricos más representativos de nuestro país.

La compañía de Las Meninas

Hace más de quince años inicié mis estudios de licenciatura en Historia dentro de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, y fue durante ese periodo que conocí las clases de dos profesoras que dejaron una huella definitiva en mi manera de entender el pasado. Por el lado de la Historia del Arte fue la formación tan puntual y exigente de la doctora Alejandra González Leyva la que me permitió comprender los aspectos más representativos del arte novohispano y posteriormente del europeo; por la parte de la historia de la vida cotidiana, la doctora Marcela Corvera Poiré sentó el precedente de los pasajes interesantes del virreinato mexicano. Con ambos puntos de vista tan valiosos y frescos, comencé mi propia interpretación de la historia virreinal y me sorprendí de tantos episodios registrados en los documentos de archivo y en los libros especializados que no están al alcance del público general.

Si bien existen deficiencias dentro de la metodología pedagógica de la educación básica que nos muestran una historia de buenos y malos, llena de mitos que conforman las glorias nacionales y que muchas veces no tiene lógica, también tenemos un vacío en la ruta de la divulgación de la información novedosa e interesante que comienza desde los historiadores y concluye en el público interesado. Mantenemos una dinámica social en la que la historia oficial de héroes y villanos es prácticamente intocable y aceptamos esa narrativa porque es la manera en la que se nos enseñó el pasado, por medio de libros formales y escritos en otros tiempos y para públicos más especializados, clases aburridas de historia en los niveles básicos y una cultura en general que no fomenta el interés por la historia. Debido a ello, mi propuesta fue la creación de una serie de representaciones teatrales en uno de mis negocios que por entonces tenía, una cafetería en el centro de la ciudad llamada *La misa*, en donde dos damas del pasado salían de un cuadro y comenzaban una dinámica de bromas y divulgación de información histórica.

El éxito fue rotundo a pesar de la pequeñísima comunidad de amigos y familia que asistían a *La misa* en la que dos primas, Alma y Bárbara, platicaban e interactuaban con el público. Durante ese momento, mis estudios estaban centrados en el periodo virreinal y por esa razón acuñé el nombre de *Meninas*, toda vez que el término se utilizaba antiguamente para referir a cualquier dama de la corte española y agregué el sufijo *Novohispanas*, ya que se trataban temas exclusivos de ese tiempo. A pesar de que solamente dos personajes salían en la escena, diseñé otros dos, conformados por la tía de Alma y Bárbara, llamada Cecilia, y

su criada de nombre Meche; de esta manera, cuatro mujeres relataban los aspectos más divertidos del periodo colonial. La razón por la que fueron damas y no caballeros, vino de mi interpretación sobre el valor de la mujer en la transmisión cultural y durante la crianza, ya que tuve la fortuna de nacer en dos familias matriarcales que desde muy temprana edad me demostraron el valor de la voz femenina y la importancia de su tradición, estructuras por las cuales me fue transmitida la historia familiar con aventuras y personajes de generaciones ancestrales. Además, las iniciales de los nombres de pila de estas tres mujeres conforman en mi cabeza el A, B y C de la Historia.

Por otro lado, cada una de ellas representa una casta del virreinato, elemento que da como resultado la interacción de múltiples pueblos, formas de pensar y personalidades. María Bárbara es española y encarna el pensamiento ilustrado de la intelectualidad europea; Alma María es criolla y personifica la voz de esta importante población que dirigió los movimientos revolucionarios más emblemáticos; María Cecilia es mestiza y ostenta el valor cultural de la mezcla indígena e hispana y, finalmente Meche, la criada afromexicana que simboliza la multiculturalidad llena de misticismo y tradición. Además de todo ello, cada una de las tres Meninas tiene un trasfondo religioso e intelectual que también las define en un marco ideológico: Bárbara toma la voz de la razón, la incredulidad y la burla intelectual y representa mi formación académica; Alma es la voz del judaísmo y evidencia esa parte cultural que viene por mi herencia materna, además de personificar una población que si bien era europea y migrante, estaba proscrita dentro del periodo virreinal debido a las persecuciones religiosas;

por ello, ese personaje busca mantenerse moderno y actual para encontrar su lugar en este tiempo. La tía Cecilia demuestra la herencia católica y conservadora de mi familia paterna, llena de creencias y formas de ser que son reconocibles en la mayoría de la población mexicana.

Cada una contiene los nombres de mis antepasadas, lo que las transforma en una línea genealógica viviente y continua. Los apellidos de cada menina pertenecen a familias existentes para insertarlas en el contexto del siglo XVIII, periodo que ellas habitaron. Todo ello construye un intrincado tejido temporal, cultural, social y religioso, aspecto que generé desde el inicio para demostrar que los mexicanos venimos de todas las latitudes y que nuestra identidad nacional puede ser tan vasta y variada como el origen de los pueblos que nos conforman, un ejemplo que fácilmente se puede encontrar en la variedad cultural de cualquier familia.

Gracias al apoyo de la restauradora Diana Molatore Salviejo y a la participación de su hija Marina Orozco Molatore, actual directora del departamento de vestuario, Las Meninas adquirieron formas hermosas, colores brillantes y un diseño tan preciosista lleno de iconografía, indumentaria y simbolismo que reforzó el diseño de los personajes. A partir de ese momento y con la inclusión de muchas otras personas que aportarían su perspectiva personal a mi proyecto y a mis personajes, comenzó el viaje teatral. Iniciamos en un pequeño restaurante de nombre Sinestesia en la colonia Roma y continuamos en un lugar lleno de historia llamado *La fonda El Refugio*, hoy extinto, que se ubicaba en la calle de Londres, casi esquina con Florencia, en donde gracias a la hermosa recepción y amistad de Claudio Hall Van Beuren y de su esposa Astrid

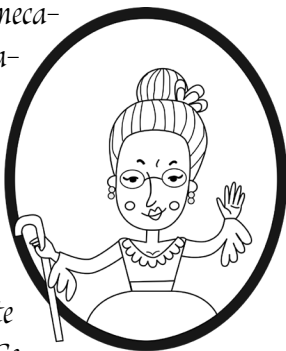
Ceballos, *Las Meninas* tuvieron una gran crecimiento. Después de ello pasamos al acogedor Bataclán en la colonia Condesa y de ahí saltamos a nuestro primer escenario en forma, el Teatro NH. Fue ahí que recibimos el apoyo, cariño y dirección de Olivia y Priscila Ortiz de Pinedo y de sus padres, doña Cecilia Santoyo y don Óscar Ortiz de Pinedo; gracias a ellos el espectáculo creció tanto en formato como en elenco. Tras el cierre del Teatro NH continuamos hasta llegar al Teatro Milán, nuestra casa actual, en donde el apoyo y cariño de Mariana Garza y Pablo Perroni han favorecido nuestra estancia en lo que, personalmente, considero uno de los escenarios más hermosos, mejor diseñados y equipados de nuestro país, ubicado en una de las zonas culturales más representativas, cerca del cruce de Insurgentes y Reforma de la CDMX.

Al día de hoy, llevamos más de tres años con presentaciones semanales consecutivas, todo un reto para cualquier producción del ámbito teatral mexicano y orgullosamente con un aforo lleno de espectadores que buscan aprender y divertirse. El título original de *Diálogos de unas Meninas Novohispanas* se ha sintetizado para abarcar más temas de la historia nacional y, en la actualidad, *Las Meninas* recorren más de cinco siglos de historia abordando también temas de la modernidad. La producción ha crecido a la par de los espectadores y también del elenco entre los que se presentan Vesubia, el ama de llaves; Pompeyo, el mayordomo; Apenino, el cochero; Dolores, la dama de compañía; Herculano, el paje; Perfecto, el mozo; Décimo, el mozo de bacín; Cándida, la institutriz, y Meche, quienes aparecen de manera rotativa a lo largo de los episodios y juegan, junto con sus señoras, a representar pasajes de la historia.

Las Meninas

Las Meninas son tres damas aristócratas pertenecientes a una de las familias más acaudaladas y rimbombantes del siglo XVIII mexicano: el clan Ibarguenger. Doña María Cecilia y sus sobrinas, doña Alma María y doña María Bárbara, fueron acusadas por la Inquisición gracias a su manera tan vanguardista y desfachatada de vivir. Sus respectivos delitos: asesina, anarquista y judía les valieron una tremenda persecución que fue librada gracias al hechizo de Meche, la fiel nana y criada de doña Cecilia, quien las encerró mágicamente en un cuadro. El embrujo fue claro: “Quedarán encerradas en este lienzo hasta que el mundo les abra su corazón”. Pasados tres siglos, la profecía se ha cumplido y cada jueves deleitan e instruyen a sus fans, a los que ellas amorosamente llaman plebeyos, en los temas de la historia de México.

1. *Doña María Cecilia Guadalupe Jacinta Nicolasa Justa Petra Paula Ignacia de las Mercedes Isabel Apolonia Francisca de Ibarguenger Faustinos Matzicatzin Calmecha-huac y Escobar. Nació en Tlaxcala a finales del siglo XVII y descende de la noble familia real del cacicazgo de Ocotelulco. Entre sus antepasados, se encuentran el conquistador Pedro de Alvarado y la princesa tlaxcalteca doña Elvira Maxixcatzin. Esta familia noble indígena existe hasta nuestros días; por lo tanto, la tía Cecilia es representante del mestizaje nobiliario y busca validar la perspectiva católica, conservadora y oficial de la historia patria. Por momentos, Cecilia abandona su personalidad re-*



catada y protocolaria para dar rienda suelta a comentarios ácidos y algunas copitas de rompopo. Es hija ilegítima del capitán don Rodrigo de Ibarguenger, quien la une familiarmente con sus dos sobrinas. Durante su vida, la tía Cecilia contrajo nupcias en tres ocasiones debido al importuno y constante fallecimiento de sus consortes en circunstancias tan confusas que llamó la atención de la Inquisición. Tras el fenecimiento de su primer esposo, la tía Cecilia cambió su residencia a Puebla y después a México, lugar en donde finalmente se asentó. Por desgracia, los escándalos de los que fue protagonista ocasionaron que ninguna persona de reputación intachable se relacionara con ella, por lo cual doña Cecilia fue quedando en el olvido viviendo en una enorme y noble casona del barrio de la Merced, que por fuera parecía todo un palacio, pero por dentro demostraba la falta de ingresos, el descuido material y el olvido social, excepto por un salón ricamente decorado en donde la tía recibía a sus pocas visitas, una acción desesperada para acallar las habladurías sobre su terrible condición monetaria.

2. Doña Alma María Sarah Leonor Josefa Anna Raquel Eva Sofía Judith Mariana Huitronovich de Carvajal Bautista Lombroso Pierleoni de Ibarguenger e Igartiburu, viuda de Contreras Shemaría. Dentro de sus antepasados se encuentra la famosa familia Carvajal, fundadora de varias villas norteñas y quemada por la Inquisición en diciembre de 1596. Alma nació en Monterrey, capital del Nuevo Reino de León, a principios del siglo XVIII y fue hija del comerciante portugués don Simón Huitronovich de Carvajal y doña Consuelo de Ibarguenger, hija legítima del



capitán don Rodrigo de Ibarquenger. Alma María fue educada en la fe de su padre, el judaísmo, y por ello la familia fue perseguida. Tras el encarcelamiento y asesinato de su padre y esposo, Alma María fue encarcelada, pero gracias a la participación de la media hermana de su madre, doña Cecilia, la joven Alma evitó la cárcel para vivir resguardada tras los muros de la casona de su tía en la Ciudad de México. Como el tribunal Inquisitorial no pudo demostrar ningún delito en ella, Alma utilizó su dinero para mantener a su tía, quien le retribuyó con un espacio seguro en donde vivir tranquila. Sin embargo, los escándalos de ambas no propiciaron una integración a la sociedad novohispana y fueron igualmente despreciadas.

3. *Doña María Bárbara Luisa Gerarda Cayetana Augusta Clementina Leopoldina Paloma Gaviota Victoria Eugenia Arrazáburu y Borbón Álvarez de Toledo de Ibarquenger e Igartiburu. Nació en Sevilla a principios del siglo XVIII y fue hija de don Enrique de Borbón, miembro de la familia real de Francia y doña Marina de Ibarquenger e Igartiburu, hija del capitán don Rodrigo. La pequeña niña fue educada en el palacio de Versalles bajo la dirección de su abuelo paterno Luis XIV, en donde aprendió de ciencias, artes y las principales ideas de la Ilustración francesa. Por un acto de suma traición, sus padres fueron encarcelados y ejecutados, mientras que ella fue enviada a la Nueva España por órdenes de la familia de su madre, los duques de Alba. Su castigo era vivir encerrada en el palacio virreinal hasta nuevo aviso, pero al*



llegar a estas tierras se encontró con su tía bastarda y una prima de la que no tenía conocimiento; entonces, argumentando querer estar bajo el cuidado de su señora tía doña Cecilia, Bárbara se instaló en la casona de la Merced y el panorama cambió para las Ibarguenguer. Ahora con la fama de la nobleza de Bárbara, el dinero de Alma y el palacio de Cecilia, esta terna de damas fueron llamadas popularmente como “Las Meninas”, y vivieron felizmente siendo el centro de atención de la sociedad...

Hasta que por envidias y enojos fueron señaladas por sus delitos, realmente era cuestión de tiempo el que tres mujeres solas fueran acusadas de manera intransigente por personas que se hacían llamar sus amigos, hablando a sus espaldas, robando su dinero, valiéndose de la posición que les daba una amistad con ellas y tachando el buen nombre e ilustre apellido. Por eso la traición fue tan dolorosa: ser acusadas y señaladas por la gente que se divirtió con ellas, que comió en su mesa y que vivió de su favor. Cuando la situación era decisiva, las Ibarguenguer huyeron a su casa en Tacubaya en donde fueron encerradas mágicamente en un cuadro.

Y ahora sí: ¡Tercera llamada, tercera! Iniciemos naturalmente por...

I

El comienzo



El orden natural y lógico para arrancar este viaje a través de los siete siglos de historia sería evidentemente por el XIV, en el periodo denominado por los libros de la SEP como “Prehispánico”. Nada más lejano de la realidad, ya que para tener una comprensión correcta de este momento es necesario remontarnos al punto más antiguo de la presencia humana registrada en nuestro país, y eso es en *El fin del mundo*.

Un lugar tan inhóspito y desértico que fue nombrado así por la doctora en arqueología Guadalupe Sánchez Miranda, quien descubrió el sitio en febrero de 2007 en lo más remoto del bello

Estado de Sonora.¹ En el lugar encontró de todo: evidencia de cacería de mastodontes, un depósito de huesos de varios animales y el primer asentamiento humano de una comunidad que hacía puntas de proyectil de cristal de cuarzo.

Así es, Alma María, además me gustaría agregar que estas puntas de proyectil datan de aproximadamente 13,500 años, convirtiendo el lugar en el enclave social más antiguo del país. Por esa razón, la forma correcta de comenzar este libro es con la breve narración del desarrollo de nuestras primeras culturas, que sorprendentemente no son los olmecas.

Es curioso que comencemos por el fin, El fin del Mundo, Sonora; de ahí podemos trazar una serie de rutas comerciales que desenvuelven los caminos que aquella gente trazó, primero en una zona cercana que comprende siete sitios arqueológicos relacionados y de ahí la caminata emprende un largo recorrido a tierras lejanas en donde surgieron nuevos pueblos. Dentro de los descubrimientos más relevantes de la doctora Sánchez Miranda se encuentra la denominación específica de la punta de proyectil o lanza que utilizaron estas personas y que en términos académicos se determina como *clovis*, nombre dado a todos los grupos humanos que se asocian por el diseño de piezas específicas como esas puntas de proyectil y que demuestran una transmisión de sabiduría colectiva que se repitió por generaciones y por zonas geográficas tan distantes que

¹ Guadalupe Sánchez Miranda, "El fin del mundo, Sonora. Cazadores clovis de megafauna del Pleistoceno Terminal", en *Arqueología Mexicana*, Ed. 97, mayo-junio 2009. *Las culturas de Sonora. Entre el mar y el desierto*. <https://arqueologiamexicana.mx/mexico-antiguo/el-fin-del-mundo-sonora-cazadores-clovis-de-megafauna-del-pleistoceno-terminal>

abarcaban, desde su posible lugar original en Clovis, Nuevo México, hasta territorios de la actual Venezuela.²

De ahí seguimos el rastro hacia otros sitios de esa región llamada Oasisamérica, territorio que abarca una extensa zona entre los estados de Sonora y Chihuahua en México, y California, Arizona, Nevada, Nuevo México y Utah en los Estados Unidos. Se denominó así por comprenderse como un oasis lleno de tribus agricultoras seminómadas que se asentaron y comerciaron entre ellas hasta formar pueblos originarios con una larga tradición cultural. Uno de estos pueblos es el rarámuri, asentado desde hace quince mil años en la actual Sierra Tarahumara, que forma parte de la Sierra Madre Occidental.

La siguiente zona se denomina Aridoamérica y se extiende por el norte del país hasta el Atlántico; se diferencia del clima cálido del bloque oriental por un ambiente más seco que, en conceptos del historiador Alfredo López Austin y el arqueólogo Leonardo López Luján, no permitió una relación social de manera tan directa entre los pueblos que habitaron esa zona y, por lo tanto, el desarrollo fue distinto, con redes más aisladas y compactas que fortalecieron los vínculos tribales y seminómadas, permitiendo su expansión por el territorio.³

Es menester recordaros que todas estas terminologías fueron instauradas por académicos para nombrar zonas estudiadas y que el concepto de civilización es problemático, ya que las di-

² *Ibidem.*

³ Alfredo López Austin y Leonardo López Luján, *El pasado indígena*, México: Fideicomiso Historia de las Américas y El Colegio de México, 2001, p. 29. <https://archive.org/details/lopez-austin-lopez-lujan.-el-pasado-indigena-ocr-2001/page/n7/mode/2up?q=pueblos+aislados>

ferencias geográficas, naturales y ambientales, entre otras, influyeron en un desarrollo tan disímil para cada uno de los núcleos humanos en esas zonas. Establecer el nivel de “civilización” de un grupo de gente por sus evidencias resulta limitado y además innecesario. Esas ideas son los resquicios de otros conceptos como “evolución” o “superioridad”, muy interesantes ciertamente, pero también tan del siglo XIX.

Estoy de acuerdo con usted, archiduquesa, ya que seguimos aplicando estas definiciones que limitan y predisponen la manera de acercarnos a la historia. Dentro de estas mismas categorías se encuentra la famosa Mesoamérica que, en comparación con los dos anteriores lugares, gozó de una tierra fértil, clima húmedo y exceso de recursos para desarrollar grandes construcciones. Aunque dichas características nos parezcan básicas en nuestros días, fueron los lineamientos por los cuales el etnólogo y antropólogo alemán Paul Kirchhoff consolidó este nombre en 1943.⁴

Además de estos aspectos, querido, las culturas mesoamericanas, como ahora las llaman, tenían más en común: la domesticación del cacao y el maíz, además del aguacate, la calabaza, el chile y, por supuesto, el frijol; por otro lado, el uso del metate y el molcajete que fueron dos de las primeras grandes invenciones de la humanidad. Estos pueblos compartían calendarios rituales muy parecidos, divinidades que se intercambiaban como símbolo de alianza política o comercial, y el sacrificio humano como una manifestación de respeto y control de masas... tristemente ya no lo es.

⁴ Paul Kirchhoff, *Mesoamérica* (2000). *Dimensión Antropológica*, 19, 15-32. <https://revistas.inah.gob.mx/index.php/dimension/article/view/8334>

Los olmecas

Las relaciones entre los pueblos mesoamericanos fueron principalmente comerciales, aunque también hubo alianzas políticas, matrimoniales y, por supuesto, contextos bélicos. Dentro de la zona de Mesoamérica, la cultura más antigua encontrada hasta ahora y que data de hace tres mil doscientos años aproximadamente, es la Olmeca, famosa por sus cabezas gigantes de cuerpo inexistente que, dicho sea de paso, no eran meramente decorativas, sino que algunas pudieron ser utilizadas como tronos. Gracias a los estudios de la doctora Ann Cyphers, autoridad en la materia, ahora sabemos que los monolitos tenían una compleja relación con los gobernantes y es probable que esos sean sus rostros ataviados con tocados ceremoniales que demostraban la importancia del representado.

Además, la doctora Cyphers ayudó a esclarecer el origen de este pueblo, ya que desde 1862 el coleccionista de antigüedades y, al parecer, saqueador de tesoros arqueológicos José María Melgar y Serrano, mencionó, al descubrir la primera cabeza olmeca, que los rasgos faciales de la escultura revelaban una clara relación con pueblos africanos; incluso llegó a plantear que se trataba de una de las mitológicas tribus perdidas de Israel.⁵ La personal impresión de Melgar y Serrano sobre el aspecto físico de los habitantes de todo un continente fue el argumento pseudocientífico que se acuñó desde esa fecha y no ha parado de repetirse hasta nuestros días con pequeñas variantes, como la

⁵ <https://arqueologiamexicana.mx/mexico-antiguo/jose-maria-melgar-y-serrano-viajero-coleccionista-o-saqueador>

de una relación alienígena. Siempre me ha parecido simpática la idea de negar rotundamente la creatividad humana para construir cosas grandes, y que les parezca más prudente imaginar que un marciano vino a resolver con su tecnología cómo levantar una piedra.

La doctora Cyphers ha encontrado múltiples evidencias materiales de esta cultura y ninguna proviene de África. En sus estudios afirma que la categorización de Melgar y Serrano fue producto de su tiempo. También los trabajos del antropólogo Enrique Villamar demostraron que los olmecas fueron americanos gracias a un estudio de genoma mitocondrial.⁶ Más sorprendente que el mito que acabamos de explicar, resultan las miniaturas elaboradas por este pueblo, pequeñas figurillas que demuestran una técnica centrada en la expresión y el detalle. Algunas han sido definidas como “rostro de bebé” por la estética apacible, ingenua e infantil que muestran y fueron manufacturadas en arcilla, roca verde y basalto, entre otras rocas.

Los primeros asentamientos datan del año 1500 antes de la era común y se desarrollaron en una zona llamada hoy San Lorenzo, que junto a La Venta y Tres Zapotes fueron los sitios más representativos, pero no los únicos, ya que en realidad la cultura olmeca prosperó como una serie de pueblos asentados en una extensa zona conectada por ríos de todos tamaños. Las ciudades principales tienen plazas y montículos piramidales, además de las monumentales cabezas y altares de piedra.

⁶ <https://arqueologiamexicana.mx/mexico-antiguo/estudios-de-adn-y-el-origen-de-los-olmecas>

La llamada “Cultura madre” se ha posicionado como la que dio origen a las demás, teoría bastante superada por la academia. Pero aunque no exista, o no se haya encontrado aún una influencia directa entre los olmecas y las demás culturas, podemos seguir entendiendo a este pueblo como el primero en levantar un poderío en toda Mesoamérica, aunque no tengamos muy claro su procedencia étnica, lenguaje y cosmovisión. Recientemente, perdimos a la doctora Cyphers, pero dejó un legado de investigación evidente que suma bastante al trabajo de los demás colegas. Hoy sus aportes son su homenaje.

Aparentemente, hacia el 400 a.e.c., la ciudad de La Venta sufrió un periodo de decadencia y el centro cultural se trasladó a Tres Zapotes; sin embargo, la sociedad desapareció poco tiempo después. Este tipo de finales aparecen con regularidad en nuestra historia; las causas de la disolución de estos grupos humanos pueden ser variadas: desde cambios en el sistema político hasta cuestiones más centradas en lo agrícola; los especialistas también han propuesto epidemias o migraciones como explicaciones al desvanecimiento social. Pero los olmecas no eran los únicos en el mapa para ese momento.

Zapotecos y mixtecos

En los Valles Centrales del actual estado de Oaxaca aparecieron dos culturas importantes desde los siglos xv y xii a.e.c. Se trata de los pueblos zapotecos y mixtecos, quienes desarrollaron una extensa zona de poder y comercio que se mantuvo hasta la llegada de los conquistadores europeos. Gracias a las investigaciones de la doctora Joyce Marcus,

sabemos que los primeros asentamientos se remontan a más de diez mil años y los pobladores domesticaron inicialmente la jícara o bule y la calabaza, para después agregar maíz, frijol negro, chile y aguacate. Todo ello dio forma al marco comercial de la zona.⁷ Otro elemento que resalta es el uso de la piedra caliza en múltiples formas. Quizá la más interesante es la cal mezclada con agua para hacer los terminados en las paredes de los edificios o para remojar el maíz antes de molerlo, la famosa *nixtamalización* que permite enriquecer el maíz con calcio y elevarlo en nutrientes; además, deja el grano tan maleable y comestible que se puede disfrutar de múltiples maneras como atole, tortilla, tamal, pozol y otras variantes. Ya saben lo que dicen: el maíz no se crea ni se destruye, sólo se transforma.

A tan solo veinte kilómetros de Monte Albán, los zapotecas se asentaron en una zona llamada San José Mogote, en donde se han encontrado las primeras evidencias de este pueblo que tenía un culto especial al dios de la lluvia o *Cocijo*, además de conceptos calendáricos que se encontrarán después en otras culturas, lo que define a los zapotecas como uno de los antecedentes en común de los pueblos mesoamericanos. Ahí se encuentran algunas de las inscripciones más antiguas de toda Mesoamérica y fueron registradas alrededor del año 500 a.e.c. Una en especial, llamada Monumento 3, muestra a un hombre sacrificado quien ha sido desposeído de su corazón y en sus pies tiene dos jeroglíficos que fueron denominados por Alfonso Caso como

⁷ Joyce Marcus, *Monte Albán*, México: El Colegio de México y FCE, 2021, p. 17.

“1L”, lo que representa un calendario, aspecto que demuestra el manejo de conceptos como tiempo y continuidad.⁸

Mientras esto sucedía en las sierras circundantes de Oaxaca, en las montañas que conectan los estados de Puebla, Guerrero y Oaxaca floreció otro pueblo llamado mixteco, que compartió varios rasgos culturales con los zapotecas y los olmecas, ya que muchos objetos de lujo mixtecos se han encontrado en entierros olmecas. Gracias al código *Yuta Tnoho*, nombrado en latín *Códex Vindobonensis*, sabemos la historia de los señoríos de esta zona y conocemos los mitos cosmológicos que dieron origen al pueblo mixteca. *Este documento conformado por cincuenta y dos láminas, manufacturado en piel curtida de venado, se encuentra resguardado en la Biblioteca Nacional de Austria, que es el mismo país donde también tienen el supuesto penacho de Moctezuma.* La importancia de este texto radica en que podemos comparar ciertas similitudes mitológicas con otras culturas, tales como la creencia en diferentes soles o eras de la creación y varios tipos de personas que poblaron la Tierra. Por otro lado, los zapotecas no comparten en la totalidad este mito, ya que su cosmología narra que ellos surgieron directamente de los árboles.⁹ Ambos pueblos tuvieron un desarrollo importante hasta llegar al siglo v a.e.c., en donde surgió un asentamiento que cambiaría el panorama político y comercial: la construcción de Monte Albán, una ciudad zapoteca enclavada en la montaña desde donde se dominaba el territorio y que fue construida en

⁸ *Ibid.*, p. 27.

⁹ *Ibid.*, p.25.

diferentes etapas, cada una con elementos dignos de mencionar.

Del primer momento resaltan dos estelas de roca que representan a los enemigos sacrificados o prisioneros de guerra; uno desposeído de sus ropas y otro con mutilación genital, lo que nos comunica un mensaje directo y conciso, aún hasta nuestros días. Gracias a esta demostración de poder entendemos que la ciudad fuera más una fortaleza, con muros defensivos que se extienden por las laderas y palacios que han quedado enterrados por pirámides posteriores. Para sorpresa de muchos, existen más estelas con prisioneros representados; pero no todo es desmembramiento y horror, algunas de estas rocas contienen símbolos que revelan dos complejos sistemas calendáricos: uno sagrado o *piye*, que conformaba un ciclo de 260 días, y otro secular o *yza*, que en palabras de la doctora Joyce Marcus correspondía a 365 días.¹⁰ El padre de la arqueología mexicana, Alfonso Caso, encontró que estas cuentas también se relacionaban con un calendario más amplio que contemplaba 52 años para un ciclo sagrado, mismo aspecto que los mixtecas y los mexicas utilizaron posteriormente.¹¹

Entre el 20 a.e.c. y el 200 de nuestra era se desplantó la segunda etapa de Monte Albán, en donde se construyó la mayoría de las estructuras que hoy vemos cuando recorremos la zona arqueológica. Edificios religiosos, plataformas, túneles y observatorios fueron los protagonistas de este momento. Mientras esto sucedía, los mixtecas levantaron sus ciudades, algunas menos conocidas como Huamelul-

¹⁰ *Ibid.*, p. 54.

¹¹ *Ibidem*.

pan, llamada originalmente Yucun Indaba, ubicada al noroeste de Oaxaca. Ciertamente, la mayoría de los investigadores apunta a un desarrollo tecnológico y político más consolidado del lado de los zapotecas, lo que ocasionó varios enfrentamientos a lo largo de este periodo. Pero antes de proseguir, es necesario cambiar de latitud para desplazarnos al Valle de México y entender otro elemento importante.

Cuiculco

Entre el Periférico e Insurgentes Sur se encuentra enclavado un pequeño lugar que contrasta con el panorama: la zona arqueológica de Cuiculco, que está bajo el resguardo de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Un lugar que contiene las huellas de una civilización cuyo nombre desconocemos y que habitó este lugar entre el 800 a.e.c. y el 250 de nuestra era, una época en donde esta pequeña esquina verde formaba parte de la costa que bordeaba el enorme lago de Texcoco por el sur, mismo que se extendía hacia zonas remotas por medio de conexiones con otros lagos, como el de Zumpango, en el actual Estado de México.

¿De dónde surgieron los pueblos que hoy denominamos como cuiculcas? No lo sabemos; probablemente pertenecían a grupos otomíes o nahuas que levantaron esa ciudad cuyo edificio central es muy diferente a las estructuras olmecas, zapotecas y mixtecas; se trata de una pirámide elíptica con varios niveles de elevación y, junto con otros siete edificios más, revelan una importante estructura social y conocimiento de tecnologías como sistemas hidráulicos para las zonas habitacionales.

Las primeras excavaciones fueron lideradas por el arqueólogo norteamericano Byron Cummings entre 1922 y 1925, y se encontró el culto a dos dioses muy antiguos: Tláloc, que tiene relación con el *Cocijo* oaxaqueño, y Huehuetéotl, dios viejo del fuego. Quizás eso tenga una relevancia fundamental, ya que el culto a un dios que se representaba como un anciano encorvado que echaba fumarolas, demuestra una relación iconográfica con el concepto de volcán, mismo que curiosamente terminó con la cultura cuicuilca. Entre los años 200 a.e.c. emergió un nuevo volcán conocido posteriormente como “El Xitle”, que tras consecutivas erupciones obligó a sus habitantes a mudar su zona residencial. México mágico digo yo, lugar de terremotos, inundaciones y, ¿por qué no?, el nacimiento de un volcán enano, el milagro de la vida que no nos deja estar tranquilos. Sea como fuere, las constantes erupciones del Xitle ayudaron a la conformación de lo que hoy llamamos “El Pedregal de San Ángel”, zona que albergó lugares importantes como la exquisita casa de Silvia Pinal. Por lo que se refiere a los cuicuilcas, ellos se quedaron sin casa y tuvieron que migrar.

Tras este suceso descrito por Alma María, la gente se encaminó hacia otras latitudes y el consenso académico hasta ahora plantea que fundaron varias villas recientemente descubiertas tras la construcción de la Torre Mítikah.¹² Estas comunidades terminaron muy al norte y ayudaron a la construcción del mejor lugar para cargarse de energía en el cumpleaños de Benito Juárez, ese presidente alejado de Dios

¹² https://uacm.edu.mx/Portals/16/Repository/pueblo_Xoco.f6af40df-6ae8-4ae6-85d9-6e258359d1a2.pdf

que destruyó nuestra Santa Iglesia. Tía, no se altere por favor, Alma se refiere a la ciudad de Teotihuacan.

Teotihuacan

Quizás esta ciudad representa uno de los misterios más interesantes y entretenidos de la historia de los pueblos originarios. Teotihuacan es uno de los lugares más visitados en nuestra época moderna y uno de los espacios más estudiados que hasta la fecha siguen planteando cuestionamientos sobre la realidad histórica de dicha ciudad y de su gente. Ya desde el origen étnico de sus pobladores se plantean varias hipótesis, pero los trabajos de grandes eminencias, como los arqueólogos Román Piña Chan, Beatriz Barba, Roberto García Moll, René Millon, Eduardo Matos Moctezuma y Linda Manzanilla señalan una relación directa entre los pueblos que habitaron la zona de Cuicuilco y la fundación de Teotihuacan.¹³ Otro de los obstáculos para una comprensión más profunda de esta ciudad fue el abandono prolongado que tuvo, aspecto que propició que uno de los pioneros en la arqueología mexicana, don Leopoldo Batres, recurriera entre 1905 y 1910 a algunas técnicas que hoy escandalizarían a cualquier especialista. Mucho se ha discutido sobre si Batres utilizó dinamita para retirar escombros, cosa que no sorprendería para ese momento histórico, ya que era algo más o menos común en las excavaciones; sin embargo, como apunta prudentemente el doctor Matos Moctezuma, la dinamita

¹³ Eduardo Matos Moctezuma, *Teotihuacan*, México: El Colegio de México y FCE, 2021, p. 26-29.

no fue utilizada, pero sí se reconstruyeron varias estructuras que alteraron el emplazamiento mantenido en la urbe hasta ese momento, llegando a poner en duda la originalidad de elementos muy importantes, como el cuarto nivel de la Pirámide del Sol y la Calzada de los Muertos.¹⁴

Además de esto, el nombre Teotihuacan, que se traduce generalmente como "lugar donde nacen los dioses", no es el original, ya que fue acuñado por los mexicas al momento de utilizar esta ruिनosa ciudad como lugar sagrado hacia el siglo xv. Así es, tía y, por si fuera poco, la ausencia de elementos defensivos, de nombres o figuras de gobernantes y de una pequeña cantidad de entierros descubiertos hasta ahora, detonan una serie de dudas sobre la ciudad más habitada de toda Mesoamérica, misma que se desarrolló entre los años 1 y 850 de la era común.

Los estudios han revelado una urbe desarrollada en seis etapas y de la primera fase, que abarca del año 1 al 150, datan las estructuras conocidas como las pirámides del Sol y de la Luna, y un trazo de la llamada “Calzada de los Muertos”. Para el segundo momento, que comprende los años 150 al 250, se hicieron remodelaciones a las grandes estructuras, se fundaron cuatro barrios puntualmente separados y se levantó el Templo de Quetzalcóatl, además de la desviación de ríos y la instalación de sistemas hidráulicos para las zonas habitacionales. Dentro de las dos etapas siguientes, que van hasta el año 650, se levantaron palacios y barrios con una rica tradición de pintura mural que demuestra la relación de sus habitantes con los pueblos de ambas costas,

¹⁴ <https://arqueologiamexicana.mx/mexico-antiguo/uso-dinamita-don-leopoldo-batres-en-teotihuacan>

los mixtecos, los zapotecos y, por supuesto, los mayas. Las últimas dos fases demuestran una disminución de población, mercancías y calidad en la manufactura de los objetos más representativos, hasta que la ciudad fue abandonada en algún momento del siglo IX de nuestra era.

A pesar de todas estas grandes incógnitas, la civilización teotihuacana nos dejó un legado que supera todas las expectativas y que cuenta una historia llena de datos sorprendentes. Uno de los elementos con mayor valor estético y técnico son las pinturas murales que se encuentran repartidas entre los palacios de los barrios habitacionales. La iconografía nos regala un universo lleno de símbolos, entre los que destaca uno en particular: el agua. Este es uno de los hilos conductores que se muestra en la mayoría de las representaciones pictóricas: grandes ríos que emanan de montañas sagradas, gotas de lluvia que nutren la tierra fértil, señores gobernantes con grandes tocados de papel que agradecen a la pareja divina del agua conocida por los mexicanos como Tláloc y su dualidad Chalchiuhtlicue, quienes aparentemente jugaban un papel de suma importancia.

La presencia de esta diosa despierta en mí un sentido que me maravilla sobremanera. La mayoría de las civilizaciones de la Antigüedad, si no es que todas, veneraron a las diosas madres y éstas fueron asociadas con el agua y con la luna por su relación con la fertilidad. No cabe duda de que la presencia de Chalchiuhtlicue es tan importante que seguramente influyó en más lugares que los murales palaciegos. Si no mal recuerdo una gran diosa está representada en el palacio de Tetitla, ¿cierto? Claro que sí, archiduquesa, algunas especialistas, como la doctora Linda Manzanilla, autoridad en la materia, mencionan que no solamente Tláloc, sino que también

Chalchiuhtlicue eran venerados en esa ciudad, tesis que se apoya con varias evidencias como el monolito dedicado a ella, encontrado cerca de la Pirámide de la Luna.¹⁵

Además, la doctora Manzanilla ha propuesto que la Pirámide del Sol pudo ser dedicada al agua directamente, más aún con el hallazgo de varias ofrendas de huesos de animales, caracoles marinos, figuras de pirita y once vasos rituales con la efigie de Tláloc, dentro de una “cueva sagrada” debajo de la gran pirámide.¹⁶ Otro de los aspectos más interesantes es la evidencia de pocas tumbas a lo largo de todo el complejo, ya que cerca de 1,228 entierros han sido contabilizados por el doctor Matos Moctezuma y, para la opinión académica, resultan pocos debido a los siglos de funcionamiento y a la extensión urbana.¹⁷ Algunos entierros, como los estudiados en la Ventilla B por el antropólogo físico Carlos Serrano, revelaron elementos cotidianos que fueron inhumados con sus dueños.¹⁸ Otro descubrimiento fue la gran cantidad de restos de niños colocados entre dos platos de cerámica en varios lugares del complejo, como La Ventilla, San Francisco Mazapa y Oztoyahualco, entre otros lugares.¹⁹

En la pirámide de Quetzalcóatl se hallaron varios individuos con las manos atadas a la espalda y el uso decorativo de maxilares inferiores colocados como collares en

¹⁵ Eduardo Matos Moctezuma, *Catálogo esencial 100BRAS*, México: INAH y Artes de México, 2011, p. 120.

¹⁶ <https://arqueologiamexicana.mx/mexico-antiguo/el-interior-de-la-piramide-del-sol-en-teotihuacan-0>

¹⁷ Eduardo Matos Moctezuma, *Teotihuacán...*, *op. cit.*, p. 127.

¹⁸ *Ibid.*, p. 128.

¹⁹ *Ibid.*, p. 131.

otros entierros.²⁰ Existen también tumbas ceremoniales de personalidades importantes que pertenecen a otras culturas, lo que demuestra una presencia de pueblos veracruzanos, oaxaqueños y mayas, entre otros. Y por si fuera poco, entre estos descubrimientos se suman dos túneles más: uno debajo del Templo de Quetzalcóatl y otro por debajo de la Pirámide de la Luna.

El primero reveló una serie de estatuas pequeñas conformadas por tres mujeres y un hombre de menor tamaño, rodeadas de diminutos círculos de cerámica y otros materiales llamados chalchihuites, que a todas luces tienen relación con la diosa Chalchiuhtlicue. Gracias al trabajo del arqueólogo Sergio Gómez, en el año 2013 se recuperaron más de cien mil objetos en este túnel, pero quizá las piezas que más dudas generaron fueron varias esferas hechas de arcilla y recubiertas de pirita, lo que las dota de un brillo particular. Evidentemente no se trata de aliens ni de otras explicaciones sencillas, todas las piezas demuestran un intrincado simbolismo relacionado con el inframundo, la diosa del agua, el concepto de la maternidad y las cuentas calendáricas, más aún con las evidencias de cinabrio, pigmento rojo que remite a la sangre, y mercurio, relacionado con la luna y el agua, en las piezas mencionadas.²¹ El conducto de la Pirámide de la Luna aún continúa bajo investigación de la arqueóloga Verónica Ortega, quien menciona que el mismo formato de túnel y caverna pudo ser replicado

²⁰ *Ibid.*, p. 135

²¹ Julie Gazzola, "Cinabrio y mercurio en Teotihuacán y, en particular, en el túnel bajo el templo de la Serpiente Emplumada", México, en *Open Edition Journals*, <https://journals.openedition.org/jsa/20694>.

con características similares debajo de las principales estructuras.²²

Pero entonces, ¿quién dirigía Teotihuacan? Existen varias teorías, pero una de las más aceptadas es la división gubernamental repartida entre pueblos diferentes. Esta hipótesis, planteada por la doctora Manzanilla, vino a ofrecer una pregunta tremenda: ¿acaso eran muchos? *No me sorprendería en nada... ¿Por qué, tía? Varios pueblos cultos lo hicieron, qué mejor caso que el de mi amada Tlaxcala, organizada por cuatro señoríos con administración rotativa. Qué modernos eran los teotihuacanos, tía, inventaron el comité vecinal. Así es querida Alma María, se trataba de alianzas comerciales. Pues dicho de esta manera parientas, con esa teoría se explicaría la ausencia de una genealogía de gobernantes, y por eso no se han encontrado sus tumbas; la falta de murallas, puesto que se trataría de una urbe comercial, y la presencia de pueblos oaxaqueños, veracruzanos y mayas en los barrios teotihuacanos. ¡Mejor que cualquier feria de culturas en Reforma!*

Finalmente, hacia el siglo ix la civilización decreció hasta desaparecer. Teorías sobre invasiones militares, crisis agrícolas, sequías o un gran incendio encabezan la lista, aunque si pensamos en Teotihuacan como un centro comercial, el desarrollo de otro llamado Cholula pudo contribuir a su abandono como eje mercantil. Aunque aún no conocemos las causas reales, algo es evidente: tras el ocaso teotihuacano, ciudades como Cholula, Tula y Monte Albán se volvieron más poderosas y vivieron un periodo de mayor esplendor.

²² https://unamglobal.unam.mx/global_revista/descubren-posible-tunel-en-piramide-de-la-luna-en-teotihuacan/

Los mayas

Continuando con esta línea narrativa en la que recorremos los espacios culturales siguiendo una relación arqueológica demostrada, toca el turno de hablar de los mayas. Un pueblo que alcanzó niveles intelectuales y tecnológicos bastante novedosos para su tiempo y que, además, aplicó su conocimiento para el desarrollo político, social y religioso. La falta de comprensión de dichos descubrimientos ha dado lugar a la creación de mitos que establecen finales del mundo apocalípticos y contactos espaciales, sin atender la enorme creatividad e inteligencia desarrollada durante milenios; además, la perspectiva cinematográfica norteamericana no ha ayudado mucho.

El origen de los mayas es objeto de discusión. Por un lado, algunos especialistas han identificado una movilización de varios pueblos que aparentemente migraron desde la actual Centroamérica; otras hipótesis hablan de pueblos originarios que vienen desde Norteamérica. El asentamiento de este grupo se ha definido cerca del 8000 a.e.c., pero el desarrollo puntual de la civilización maya se centra a partir del 2000 a.e.c. Los descubrimientos en la actualidad siguen dando nuevas pistas, tal es el caso del hallazgo de lo que parece ser uno de los primeros asentamientos mayas en la Aguada, Tabasco, zona encontrada en 2017 por el equipo de especialistas liderados por el antropólogo Takeshi Inomata, profesor de la Universidad de Arizona. Gracias al uso de escáneres y tecnologías actuales se reveló una enorme plataforma artificial de 1,400 metros de largo por 400 de ancho y con una elevación sobre el terreno de

entre diez y quince metros.²³ En este lugar se encontraron señales de una serie de edificios y varias ofrendas rituales entre las que destacan pequeñas figurillas con formas de animales. Todo ello nos deja claro que los descubrimientos se mantienen y que la historia nunca deja de escribirse; quizá los nuevos hallazgos de Inomata puedan arrojar luz sobre este momento inicial de una de las culturas más famosas del mundo.

Entre los años 2000 a.e.c. y 250 de nuestra era aparecieron los primeros centros habitacionales y de poder en los actuales territorios de Tabasco, la península de Yucatán y Chiapas, en México, Guatemala y Belice, algunos con una fuerte influencia olmeca como la zona guatemalteca de Takalik Abaj, lo que revela contacto entre ambos pueblos. Incluso se ha descubierto que parte de la obsidiana encontrada en ese lugar proviene de tierras centrales mexicanas, como Pachuca, en Hidalgo, lo que demuestra las extensas redes de comercio.²⁴

Entre los años 250 y 900 de nuestra era se consolidó el auge de la mayoría de las ciudades mayas, denominado por los especialistas como “Periodo Clásico”, y cierta competencia entre dicha ciudad y Calakmul en Campeche, lo que nos lleva a pensar en las ciudades mayas como capitales de poderíos regionales que se unían mediante alianzas matrimoniales, comerciales y religiosas, formando bloques geográfi-

²³ <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-52915213>

²⁴ José Crasborn, “La obsidiana de Tak’alik Ab’aj en contextos ceremoniales”, en *XVIII Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala, 2004*. Guatemala: Museo Nacional de Arqueología y Etnología, 2005, p. 695-705.

El otro descubrimiento es más moderno y se realizó hacia 2019 por debajo de la pirámide principal de Chichén Itzá. Se trata de un pequeño cenote localizado por especialistas de la UNAM y del INAH.²⁷ La información generada revela que dentro de los muros del edificio actual probablemente yacen otras etapas constructivas y que, por debajo de todo el conjunto, se encuentra un cenote, mismo que tenía un fuerte simbolismo con el mundo de los muertos desde una perspectiva religiosa y que también nos remite a las cuevas inferiores de las tres pirámides de Teotihuacan ya mencionadas; además, la relación de Chichén Itzá con la cultura teotihuacana es otro dato que nos ayuda a encontrar una concordancia. Como vemos, los descubrimientos en estas latitudes siguen y continuarán fascinando a propios y extraños por mucho tiempo más.

El desarrollo de las culturas originarias

Hemos llegado a un punto importante en el que trataremos de unificar cronológicamente y de manera integral los pueblos originarios, ya que a lo largo de nuestra educación básica se nos enseñan por separado para un mejor análisis, pero rara vez se nos explica la relación de estas civilizaciones en su tiempo. Para ello, recurriremos a una nomenclatura acuñada por los especialistas que define tres momentos: preclásico, clásico y posclásico, terminología que en muchas ocasiones resulta conflictiva, ya que debido a la enorme extensión de las culturas y a su desarrollo di-

²⁷ <https://www.fundacionunam.org.mx/vanguardia-unam/descubren-cenote-bajo-piramide-de-chichen-itza/>

ferencial no necesariamente coinciden en el tiempo. Recordemos que dichos términos como los de Oasisamérica, Aridoamérica y Mesoamérica, o incluso la mayoría de los nombres de estos pueblos, como olmecas, cuicuilcas o teotihuacanos, fueron acuñados en tiempos posteriores a su existencia.

Para poner todos estos eventos en perspectiva, hay que comprender lo siguiente. El consenso académico establece que el periodo preclásico abarca desde el 2000 a.e.c. hasta el 200 de nuestra era; por lo tanto, las culturas nortañas quedan fuera de esta nomenclatura y entendemos que en este periodo se desarrollaron los pueblos olmecas, cuicuilcas, zapotecas, mixtecas, teotihuacanos y mayas, entre otros. La fase central se denomina como clásica, la cual se extiende desde el 200 hasta el año 1000 de nuestra era, y contempla el esplendor de las culturas oaxaqueñas, mayas y del centro de nuestro país, hasta su declive. La etapa final se define como posclásico e incluye el deterioro de los sistemas políticos y comerciales generados por las culturas del clásico y el inicio de un nuevo sistema de control más enfocado en las alianzas militares, lo que generó nuevas civilizaciones que dominaron el mapa.

Ante las debacles de Teotihuacan y del mundo maya, surgieron nuevas ciudades como Mitla en Oaxaca; Tulum y Mayapán en la península de Yucatán y Tula en el centro. Dependiendo de cada especialista, se pueden encontrar subnomenclaturas que dividen a cada uno de estos tres enormes periodos en "temprano", "medio" o "terminal", lo que complica el asunto, ya que con tanta terminología una no sabe si se están refiriendo al apogeo teotihuacano o a la orden de mi café.

Estas culturas se mantuvieron en contacto durante todo este tiempo, resaltando la importancia de los pueblos mixtecos, zapotecos y mayas, quienes incluso trascendieron al posclásico tardío. Finalmente y, para cerrar este primer capítulo, hablemos de los pueblos del altiplano central.

Los mexicas

El periodo en el que se desarrolla esta cultura es el llamado “posclásico”, término que comienza a partir de los años 900 de nuestra era. Durante ese periodo, el sistema de comercio y agricultura se mantuvo vigente y extendió sus límites geográficos; sin embargo, en cuestiones políticas hubo un cambio puntual: en muchos casos, el poder político y religioso se concentró en una sola persona y la fuerza dominante de los pueblos fue su ejército. Por lo tanto, la estrategia bélica consolidó grupos dominantes que, mediante conquistas militares y expansivas, anexaron territorios de pueblos sometidos; en algunos casos, estos eventos se consolidaron con alianzas matrimoniales. Así, esta nueva estructura de poder se diferencia de las del periodo clásico y, por ello, los especialistas diseñaron todo un marco temporal que incluye maneras novedosas de control y que finaliza con el contacto de los pueblos europeos y las consecuentes conquistas durante el siglo xvi. Dentro de este periodo se puede mencionar la sólida administración de los pueblos purépechas en el Bajío, el desarrollo de los mixtecos y zapotecos en Oaxaca, los pueblos huastecos y otomíes en el centro y norte, los mayas en la península de Yucatán y, por supuesto, una serie de pueblos teochichimecas-tlaxcaltecas y nahuas en el centro del país. El mapa geopolítico fue en-

tonces marcado y definido por medio de la guerra y los tributos cobrados a los pueblos vencidos.

Si bien no hemos mencionado el desarrollo de ciudades como Cholula, Cacaxtla o los señoríos tlaxcaltecas por cuestiones de tiempo, es necesario decir que estos y otros pueblos del centro actual mexicano surgieron desde el periodo clásico y que algunos de ellos se consolidaron en el posclásico, tal es el caso de los tlaxcaltecas, pueblo de mi tía Cecilia. Pero de entre todos estos surgió uno que dominó el territorio y construyó una de las maravillas de este llamado “Nuevo Mundo”. Me refiero a la ciudad de Tenochtitlan y a sus habitantes, los mexicas.

Hablar de esta cultura resulta problemático por múltiples razones; la primera es su origen mitológico, que fue repetido a lo largo de su tradición oral y luego escrita: la leyenda de un lugar originario denominado “Aztlán”, zona que aún entre los especialistas sigue siendo un debate, ya que varios académicos lo sitúan hacia el norte de México, relacionándolo con zonas de Nayarit; otros lo ubican incluso en la ciudad de Tula, y hay otros historiadores que pensamos que es un lugar mitológico y, por lo tanto, inexistente. *Hemos de recordar, queridos, que los mitos fundacionales son universales. Si rastreamos la historia oral de las civilizaciones antiguas, nos hemos de encontrar con lugares míticos que ahora no sabemos dónde estaban, o bien, nunca existieron: el monte Olimpo, el monte Sinaí y la Atlántida son lugares que fueron forjados por medio del relato y la fe. No quiero suponer de ninguna manera que la mítica tierra de Aztlán no exista, pero hasta ahora sigue siendo un misterio que os encanta repetir. Aunado a lo que dice la archiduquesa, el hecho de venir de un lugar inhóspito es símbolo de esfuerzo, ya que*

estas historias pesan por la cantidad de tiempo o distancia, peregrinaciones realizadas por generaciones y rutas extremadamente largas que han sido una constante.

Independientemente de la existencia de Aztlán como lugar físico o conceptual, el pueblo azteca salió de algún lugar y llegó a otro, el lago de Texcoco. Si continuamos la narrativa mitológica, los aztecas peregrinaron en busca de una señal prometida por uno de sus dioses llamado Huitzilopochtli, divinidad de la guerra que, por cierto, la difusión del culto a esta deidad es otra de las características dentro del periodo posclásico. La señal prometida no era otra que el águila y una serpiente posadas en un nopal, símbolo fundacional de la ciudad de Tenochtitlan y de nuestro país. Sin embargo, podemos hacer una lectura diferente de este símbolo, ya que dentro de la antigua mitología mexicana, la serpiente emplumada personificada de manera femenina era el espíritu guardián del lago de Texcoco, la famosa Cihuacóatl, que también es representada como una mujer-serpiente con cabeza de colibrí llamada Huitzilnicuatec; la madre divina o Tonantzin; la mujer guerrera o Yaocíhuatl, y sus características iconográficas están presentes en otras diosas relacionadas como la Coatlicue. La finalidad de la Cihuacóatl era alertar con su voz a los habitantes del lago, aspecto que la transformará durante el periodo virreinal en la famosa Llorona, el mismo concepto de espectro femenino relacionado con el agua pero con una connotación espectral que infundía miedo, quizá para alejarla de la tradición y de la conceptualización prehispánica.

Si rastreamos los orígenes históricos de los aztecas, podemos remontarnos hasta las extensas migraciones chichi-

mecas durante la primera parte del posclásico. Aunque la tradición dicta que después de salir de Aztlán, caminaron y caminaron hasta que un día se cansaron, y el grupo más débil se apoltronó en un islote fundando la tierra del complejo urbano habitacional popular y lo llamaron Tlatelolco. Exacto, tía, incluso se llegó a construir ahí el mercado más concurrido de toda Mesoamérica.

El mito establece que aquellos que no claudicaron fueron premiados con la tierra prometida por Huitzilopochtli, solamente que había un pequeño detalle: esa tierra no tenía tierra, era el enorme lago de Texcoco. Otros pueblos mayoritariamente de origen nahua, ya llevaban algún tiempo viviendo en los mejores lugares de las costas del lago y, según el mito del código llamado la *Tira de la Peregrinación*, los aztecas tuvieron que instalarse en la sección más complicada y peligrosa para emprender la construcción de su gran ciudad levantada sobre islotes artificiales llamados chinampas. Y ahí surgió el milagro del chilango, ese que se cuelga de la luz con diablitos, ese que aparta su lugar con huacales y cubetas, ese que transforma las leyes de la física para construir una ciudad flotante.

La creatividad en todo su esplendor, querida Alma, ya que las chinampas eran balsas de madera amarradas entre sí que se llenaban de tierra y en ellas se sembraba una gran cantidad de especies de plantas, que con sus raíces se anclaban al subsuelo lacustre y con el paso de los años se transformaban en islas artificiales medianamente sólidas en las que se levantaron casas, templos y palacios. En el ámbito académico, esta ingeniería es reconocida por especialistas de todo el mundo, algo de lo que podemos estar orgullosos.

La ciudad de Tenochtitlan se desplantó a partir de un centro ceremonial conformado por una enorme plaza en donde se levantaron los templos principales como un Juego de Pelota, un adoratorio a Quetzalcóatl y el famoso Templo Mayor, en cuya cima se edificaron dos espacios de culto dedicados a Tláloc en el lado norte y a Huitzilopochtli hacia el sur. Las ofrendas de ambos dioses eran muy diferentes, resaltando la sangre ofrecida al dios de la guerra. Debido al reblandecimiento de las islas artificiales y a su paulatino hundimiento, la ciudad era reconstruida al paso de cierto tiempo y las antiguas estructuras eran recubiertas por versiones mejoradas y agrandadas, lo que dio como resultado el aspecto actual que observamos en el Museo del Templo Mayor: estructuras similares dentro de construcciones más grandes en formato concéntrico. Por cierto, es importante resaltar la labor del diseño del edificio que alberga este museo, ya que emula la división cosmológica entre el agua y la guerra del templo destruido.

Fuera del centro ceremonial se trazaron cuatro barrios llamados Cuepopan al noroeste, Atzacolco al noreste, Teopan al sureste y Moyotlan al suroeste. Cada una de estas demarcaciones contenía adoratorios familiares o templos comunitarios, y en algunos se instaló la élite política, como en el caso de Cuepopan y algunas zonas de Moyotlan. La isla se conectaba a tierra firme por medio de tres calzadas, al norte la del Tepeyac, que comunicaba con el adoratorio a la diosa madre en el cerro del mismo nombre; al sur se encontraba la calzada de Iztapalapa, que corría por lo que actualmente es la avenida de Tlalpan y, finalmente, la calzada de Tacuba que conectaba con el poniente. Todos estos caminos surgían del centro ceremonial y comercial

de Tenochtitlan, ciudad que ahora era la capital de este grupo social que para este momento de la historia ya no se denomina azteca sino mexicana.

La búsqueda de los recursos para la construcción y el mantenimiento de la isla era cosa de todos los días; para ello, los mexicas se valieron de sus alianzas comerciales y políticas utilizando los recursos otorgados por los pueblos aliados y exigiendo un sistema de pago de tributos a los pueblos sometidos. La roca, la madera y el agua potable eran traídos de lugares distantes; por ejemplo, la ciudad se surtía del líquido vital por medio de dos acueductos, que a diferencia de los romanos, no tenían arcos, sino eran canales soportados sobre las mismas calzadas. Uno de ellos venía de un manantial en la base del cerro de Chapultepec y continuaba su recorrido por la actual avenida del mismo nombre; el segundo se originaba cerca de Churubusco y mantenía su tránsito por la calzada de Iztapalapa. El agua potable era necesaria porque la laguna era insalubre.

Además de templos, la ciudad resguardaba palacios, casas habitacionales, escuelas y espacios públicos, como plazas y caminos. Dentro de las residencias nobiliarias más importantes destacaron los palacios de Axayácatl y de su hijo Moctezuma, estructuras que fueron construidas sobre el actual Monte de Piedad y el Palacio Nacional, respectivamente. Aunque no tenemos dibujos de su aspecto, las descripciones otorgadas por los conquistadores revelan una gran estructura conformada por varios edificios internos que generaban patios. Cabe resaltar que existen pocos registros gráficos de los edificios de poder en este periodo, entre los que destaca el que muestra la casa de gobierno o tecpan de México, mismo que data del periodo inmedia-

tamente posterior a la conquista. La doctora Barbara Mundy hace un extraordinario análisis del dibujo en su obra dedicada a la Ciudad de México.²⁸

Las estructuras para educar a la población eran dos: para los plebeyos o macehualtin, estaba el telpochcalli y para la élite o pipiltin se construyó el calmécac, las cuales se encontraban en edificios repartidos por la traza urbana. El arqueólogo Enrique Vela ha estudiado estas escuelas y ha encontrado que la disciplina era un elemento fundamental en ambas formaciones; los macehualtin eran forjados en los principios de la agricultura, comercio y guerra para poder servir de cargadores y centinelas en las rutas de comercio, mientras que los pipiltin se preparaban en aspectos religiosos, políticos y algunos oficios como el arte plumario y la escultura.²⁹ Parte del edificio principal del Calmécac de la gran Tenochtitlan se encuentra debajo del Centro Cultural de España y está abierto al público. Las cuadras o manzanas de la ciudad estaban separadas entre sí por estrechos canales a los que actualmente se les conoce como acequias, aunque el término es realmente árabe y fue incorporado por los conquistadores y migrantes hispanos durante la conquista.

Los mercados eran de suma importancia, toda vez que comprendemos el extenso sistema de redes comerciales y la relación entre las mercancías de los pueblos aliados y sometidos por el poder mexica en toda Mesoamérica. Los vendedores recibían el nombre de pochtecas y su labor

²⁸ Barbara Mundy, *La muerte de Tenochtitlan, la vida de México*. México: Grano de Sal, 2018. p. 216-120.

²⁹ Enrique Vela, "Las escuelas", en *Arqueología Mexicana*, edición especial, núm. 75, p. 44-51.

descansaba sobre grupos familiares o gremios; ellos comerciaban en grandes mercados populares como el referido anteriormente de Tlatelolco o el principal de Tenochtitlan, que se encontraba en el espacio que actualmente ocupa el Zócalo capitalino.

Pero quizás el edificio que funcionaba como un emblema del dominio por sobre los demás pueblos era el famoso Tzompantli, una estructura recientemente descubierta en 2015 debajo del número 24 de la calle de Guatemala en el Centro Histórico. Tras más de diez años de trabajo se han revelado datos de gran importancia que ayudaron a desmitificar y corroborar ciertos aspectos registrados en las fuentes de la conquista. Los arqueólogos Raúl Barrera y Lorena Vázquez han descubierto alrededor de once mil fragmentos vinculados a la estructura, y poco más de doscientos cráneos humanos acomodados en dos torres circulares colocadas de manera paralela y conectadas entre sí por una sección lineal. El equipo identificó cinco etapas constructivas en una de las torres y se determinó que el 43.3% de las osamentas corresponden a individuos masculinos, el 37.4% son femeninos y el resto no se pudo identificar por estar incompletos o pertenecer a niños.³⁰

Los sacrificios humanos eran necesarios para el orden cósmico y natural en el pensamiento religioso. Al igual que otras culturas de la antigüedad, la sangre era considerada como el alimento de los dioses y el sistema de dominio sobre los pueblos sometidos otorgaba esclavos que podían

³⁰ <https://www.inah.gob.mx/boletines/a-10-anos-del-hallazgo-del-huei-tzompantli-de-tenochtitlan-los-craneos-humanos-son-objeto-de-analisis-de-vanguardia>

ser ofrecidos en sacrificio, sin contar los prisioneros de guerra o los jugadores de pelota. *Dentro del adoratorio dedicado a Huitzilopochtli en la cima del Templo Mayor, se tienen varios registros que describen sacrificios, corazones humanos y ríos de sangre que descienden por la escalinata principal; sin embargo, recordemos que en muchas fuentes mis paisanos conquistadores exageraron, pero en otras, como en el caso del gran Tzompantli, se quedaron bastante cortos.*

Las ofrendas a los dioses no siempre eran las mismas, ya que cada deidad tenía características diferentes. Dentro de mis favoritas, por su representación gráfica, está el dios cuchillo o Técpatl, la ya mencionada Chalchiuhtlicue sentada sobre un cerro y rompiendo en aguas para demostrar el milagro del manantial y Quetzalcóatl, representado con plumas de quetzal. Yo prefiero la diosa de los muertos, la gran señora Mictecacihuatl, toda descarnada y cadavérica. Me gusta porque me recuerda a mi tía. *¡Alma, por amor de Dios! Eso no es verdad, la tía se parece a Mayahuel, diosa del pulque, toda contentota y siempre beoda. ¡Silencio par de cenutrias! Pues ustedes dos son igualitas a la diosa de la nieve, Itztlacoliuhqui, así, con la mirada perdida, con cara de que están pero no están.* Señoras, por favor, continuemos con el tema. Los sacrificios representaban un aspecto fundamental para la cosmovisión mexica y el aseguramiento de su poderío en estas tierras.

Además de los templos, palacios, traza urbana y panteón divino, los mexicas fueron grandes artistas y con sus obras dieron un aspecto particular a la ciudad durante aproximadamente dos siglos. Si atendemos la fecha de fundación fijada académicamente hacia 1325, nos damos cuenta de que los mexicas y su ciudad-isla se desarrollaron de manera vertiginosa en cuestión de poco menos de dos-

cientos años. La cantidad de pueblos sometidos explica la extensión del domino, la constante reconstrucción de la ciudad y el tributo de todos los materiales para levantar un símbolo de poder reconocible en Mesoamérica. La escultura monumental fue parte de esta narrativa, ya que buscaba demostrar todos los valores religiosos y políticos en cada una de sus piezas.

A lo largo del enorme acervo escultórico que se ha descubierto y trabajado, resaltan piezas de gran belleza y complejidad, tales como los monolitos de la Coyolxauhqui y de la Tlaltecuhltli, ambas divinidades femeninas con una fuerte carga simbólica. La primera se nos muestra fragmentada sobre una base de formato circular, aspectos que nos remiten directamente a la luna y su ciclo. La Coyolxauhqui nace del mito que narra un intento de golpe de Estado, ya que dentro del panteón mexica ella era la hermana de Huitzilopochtli. *Doctor, permítame contar esta historia porque me llena de regocijo... Por favor, tía.*

La madre de los dioses, Coatlicue, tenía 400 hijos, número simbólico que recuerda las cuentas calendáricas de esa gente, y una hija llamada Coyolxauhqui, quien estaba enferma de celos y quería evitar el nacimiento de su nuevo hermano. Entonces, cuenta el mito que cuando esta desdichada llegó a la base del templo donde habitaba su madre con el objetivo de impedir el alumbramiento de su nuevo hermano, ¡éste emergió milagrosamente de su vientre! Exactamente, pero como Huitzilopochtli era dios de la guerra nació ya grandote, con todo y armadura puesta y, de pronto, con un par de movimientos rápidos, dejó como sashimi a sus hermanos y arrojó a su hermanita Coyolxauhqui por la escalinata cual escena dramática de telenovela, pero no se murió sino que se rompió. ¡Alma María, por Dios! Bueno, esta niña ya me arruinó

la historia. No se moleste, tía, pero así es. La escultura representa esa leyenda y mantiene una relación con la Luna que también es redonda y se fragmenta con el paso del tiempo para entenderse en fases o completa.

Si bien la Coyolxauhqui fue descubierta en 1978, recientemente se encontró otro monolito de gran envergadura. Se trata de la Tlaltecuhltli, hallada en 2006 debajo de la llamada *Casa de las Ajaracas*, a unos metros del Templo Mayor, y es considerada como la pieza mexicana más grande conocida hasta ahora. Labrada en andesita, mantiene aún la policromía que demuestra la cantidad de color que tuvo en su esplendor. La iconografía aún es un tema de discusión y representa al dios o diosa de la tierra, ya que se han encontrado versiones de esta imagen en formatos masculino, femenino, zoomorfo y como Tláloc; también ha sido relacionada con el caos y la fertilidad.³¹

Además de la escultura, la confección de textiles de algodón e ixtle; su pigmentación a través de técnicas muy elaboradas; el desarrollo del arte plumario y la orfebrería en diferentes materiales como metales, madera y barro revelan no solamente un elevado conocimiento técnico, sino también una compleja y críptica red de trabajo que se sostenía en familias, clanes más extensos, barrios y gremios. Una sociedad resguardada por un intrincado sistema militar y que funcionaba puntualmente bajo la mirada de la casta sacerdotal y, sobre todos ellos, el gran gobernante o *Huey Tlatoani*, en cuya persona residía el poder humano y divino, hasta que llegaron los conquistadores.

³¹ Leonardo López Luján, *Tlaltecuhltli*, México: Planeta, 2010, p. 75-77.